

Metodología y campo bibliotecológico

HÉCTOR GUILLERMO ALFARO LÓPEZ

Universidad Nacional Autónoma de México

El habla cotidiana no tiene el privilegio exclusivo de agraviar y enriquecer el lenguaje. En el ámbito especializado, se pretende enriquecer el lenguaje al depurarlo de la ambigüedad, pero se le agravia clandestinamente: ese enriquecimiento se convierte en ambigüedad durante el tráfico cognoscitivo cotidiano del lenguaje científico. Los términos que fueron esenciales se prestan a confusiones cuando cambia un concepto por otro al darlo por sentado. Esto es comprensible porque, en cada investigación, muchos eslabones conceptuales se dan por supuestos en aras de cercar más pronto y rigurosamente el objeto de conocimiento. Si se rehiera en cada paso que se da hacia adelante el camino hacia atrás para depurar los conceptos utilizados, el conocimiento científico se convertiría en un suplicio. De ahí que la claridad científica esté cubierta en la retaguardia por la ambigüedad; de manera ejemplar, esto puede observarse en la ambigüedad que se propicia a partir de los usos de términos emparentados e interactuantes, pero que no son lo mismo: método y metodología.

Para comprender mejor las “simpatías y diferencias” entre ambos términos, antes hay que discernir la dimensión etimológica. Como es sabido, la raíz etimológica del término *método* es *meta-odos*, que significa “ir a lo largo del (buen) camino”, mientras que la palabra

metodología viene a ser “la teoría del método”. En primera instancia, pareciera que las afinidades se dan de manera automática, por lo que se corresponderían mutuamente en el sentido de que el método adquiere el significado de la aplicación práctica, mientras que la metodología sería la teoría explicativa-configuradora de aquél. Pero sus distancias se originan a partir de eso mismo: el primero se ubicaría en el terreno concreto mientras que el segundo término se elucidaría a partir del terreno de lo abstracto. La tensión entre ambas polaridades se traduce en la ambigüedad de su uso terminológico: por momentos se utiliza un término cuando se quiere utilizar el otro y viceversa. Esta tensión, finalmente, es un producto de las consonancias y disonancias que a cada momento ocurren entre lo concreto y lo abstracto. Así, por momentos se usa el término *método* cuando lo que se pretende es hablar sobre una consideración general, reflexiva sobre el tema, mientras que, por el contrario, se usa equívocamente metodología cuando se hace referencia a un uso concreto, específico y práctico. Esta tensión puede hacerse legible si reducimos la confusión subyacente en su ambigua utilización, donde más que ver el método como lo concreto y práctico y la metodología como lo abstracto y teórico, se les concibe como *fases recursivas* de un mismo proceso de despliegue de la razón en su orientación cognoscitiva.

Esto implica ubicarnos en el terreno epistemológico. Al llegar a este punto de intersección entre método-epistemología-metodología, podemos enunciar el problema que gravita como trasfondo en el entrelazamiento de estos tres términos o, mejor dicho, procesos: ¿Cómo contribuye la metodología a la fundamentación cognoscitiva del campo bibliotecológico?

Para dar respuesta a esta cuestión hay que comprender la interrelación de los tres términos desde su génesis. Para ello, ubiquémonos en la esfera epistemológica. La razón en su despliegue de conocimiento del mundo se enfrenta a un horizonte constituido de personas y cosas, las cuales se conforman por atributos (cualidades, propiedades) y relaciones en dos niveles: individual y colectivo. Una entidad consta de una variada gama de cualidades, las cuales se encuentran en permanente relación. Tal entidad individual a

su vez se relaciona con otra u otras entidades, lo que conlleva a establecer relaciones con sus diversas propiedades. Todo esto genera una realidad establecida en una perpetua dinámica de cambiantes configuraciones del espacio y el tiempo.

El mundo es un horizonte de infinitas y vertiginosas configuraciones. Si ese vasto horizonte se segmenta regionalizándolo, cada una de esas regiones (artificiales), como puede ser, por ejemplo, un campo de conocimiento, es a su vez un horizonte de infinitas configuraciones. En el perpetuo devenir interactuante de sus propiedades, los objetos de conocimiento muestran su doble rostro: existencia y esencia. Por momentos, un determinado tipo de relaciones y propiedades que muestra un objeto de conocimiento deja ver su escorzo existencial y en otros instantes su aspecto esencial. La mente humana es incapaz de asir de un solo golpe cognoscitivo siquiera una mínima fracción de ese dinámico horizonte de configuraciones. La misma naturaleza del pensamiento racional que se da la misión de conocer ese mundo de configuraciones lo incapacita para llevar a cabo esa misión de manera total. En su disposición de conocimiento racional, la mente labora con categorías que por sí mismas son antitéticas respecto a la dinámica que genera y moviliza las propiedades y relaciones de la realidad. Esto se hace evidente y necesario desde que el individuo se sitúa en la esfera de conocimiento: una vez allí, bajo el estatus de sujeto de conocimiento, sostenido ya sólo por la disposición cognoscitiva, esto es, que se ha dado un orden intelectual que le permitirá forjar todo el utillaje intelectual apropiado para la labor que emprende, se encuentra en la necesidad de acotar la región de conocimiento hacia la que se dirigirá para discernir su verdad, con lo que paralelamente circunscribe los objetos que viven en su dinámica de inacabables configuraciones, y extiende a través de ellos la vía real del método.

Pero para que en el camino que el método tiende en medio de la incertidumbre de las cambiantes configuraciones de la realidad se despliegue cognoscitivamente el pensamiento, éste a su vez es impulsado por el *principio de recursión organizacional*, el cual explica que todo lo causado es a su vez causante: una entidad que es causante (productora) de otra recursivamente es a su vez causada

(producida) por ésta última. Es un principio que expresa el movimiento multiforme de la realidad al poner en cuestión, o romper, con la concepción unilineal, unidireccional de la causa y el efecto. Veamos cómo se da esa marcha recursiva entre la razón y el método en aras de conocer el objeto.

La razón se dirige al objeto vehiculizada por el método, con lo que hay una producción del objeto por mediación de la razón y el método. Pero ese objeto producido es a su vez productor de la razón-método. De hecho, la razón produce al método que también es productor de la razón. Esto genera una metodología regional, que a su vez se constituye en productora del método, el cual asimismo es productor de la metodología regional. Ampliemos esta explicación. A cada paso que la razón da en su despliegue cognoscitivo, gira sobre sí misma para ordenar los pasos de ese despliegue y así conducirse hasta el fin del camino. La razón, al enfocarse metódicamente sobre una entidad, la produce como objeto de conocimiento pero conforme éste se perfila en cuanto objeto de conocimiento, es a su vez productor de la razón: el causante es a su vez causado. Cada paso dado conlleva ajustes recursivos mutuos entre la razón y el objeto, con lo que también el método va adquiriendo su perfil definitorio: se evalúa el paso dado para estimar si ha sido apropiado o hay que reajustarlo, para así dar el siguiente paso.

En el rastreo y la depuración (organización-jerarquización) que el método hace del objeto, a su vez se autodefine al precisar sus reglas con sus respectivos supuestos y procedimientos, así como los conceptos explicativos del mismo (los conceptos que explican su organicidad y que especifican y nombran sus reglas) y la perspectiva de la realidad (del objeto) que particularmente le interesa al sujeto de conocimiento: la esencia o la existencia. Tal orientación además es condicionada y condicionante debido al tipo de método implementado, el cual puede orientarse a la dimensión esencial o a la fenoménica del objeto; por ejemplo, método humanístico o método científico.

El camino se camina, pero se hace al caminarlo. El verso del poeta Antonio Machado lo expresa de manera inmejorable: “Camínante no hay camino, se hace camino al andar”. Así, el método

es concebido como un camino que se hace conforme se despliega la razón a través de la incertidumbre, de lo aleatorio, de las caleidoscópicas configuraciones que la realidad presenta a cada movimiento, a cada instante. El avance metódico estabiliza aquí y ahora al objeto en una configuración al proyectarle un marco racionalizador de orden, lo que significa que ha quedado circunscrito en su específico entramado de propiedades y relaciones. El objeto de conocimiento ha sido delimitado por el método para que la mente (razón) lo recorra de manera organizada, con lo que crea el marco de referencia para la elaboración del discurso que llevará a cabo la epistemología que ha hecho uso de tal o cual método. Una vez que se ha recorrido todo el camino, la razón gira nuevamente sobre sí misma pero desde la base de la explicitación de los pasos; es decir, desde el método (el primer giro, recordemos, se lleva a cabo desde la base del objeto de conocimiento; por eso el objeto contribuye en gran medida a la determinación de los pasos a seguir en el método). En este segundo giro, la razón pasa de lo concreto y práctico del método a lo abstracto y teórico de la metodología regional. Esta metodología en sí misma es una reflexión sobre ese método que fue creado al transitar el camino.

La metodología regional, por consiguiente, es la que se genera a partir de la reflexión que se hace de los métodos en un sector específico del conocimiento como las diversas ciencias o los campos de conocimiento, tal es el caso, por ejemplo, del campo bibliotecológico.

La metodología le permite a la razón (desde la óptica que le da ese sector regional de conocimiento) comprender las múltiples posibilidades, variedades y combinaciones de los diversos métodos que actúan en esa región de conocimiento, lo que implica una visión sobre la dinámica de los objetos de conocimiento. Esto permite abrir el marco de posibilidades del método sobre aquello que se aplica. Así, puede recuperarse un método ya perfectamente constituido y establecido, rechazarse o tomar sólo aspectos de él. También se puede construir otro método sobre la marcha en torno al objeto de conocimiento y, por qué no, desecharlo una vez que ha sido utilizado, puesto que servía exclusivamente para un único

proceso epistemológico. Por otra parte, la metodología regional, al ser un conocimiento reflexivo que fundamenta y clarifica el pensar orientado hacia el conocer en un área de conocimiento especificada y delimitada, se despliega en dos tipos de pensamiento correspondientes al método generado en el pensar teórico y el pensar práctico: en el primero, se ordenan los contenidos del objeto de conocimiento al margen de su utilidad; en el segundo, se ordenan directamente los contenidos hacia algo que puede hacer el sujeto que piensa (que emplea el método): a saber cómo hacer esto o lo otro. De esta manera, la metodología regional cubre reflexivamente las múltiples dimensiones en que se despliegan multiformemente los métodos en una disciplina o campo de conocimiento. Es de acotar, que aunque éste es el punto de inflexión que nos conduce a la respuesta del problema planteado inicialmente, no está por demás dejar señalado el siguiente nivel de abstracción metodológica al que nos lleva el despliegue recursivo.

La razón recursivamente da un tercer giro: la metodología del primer nivel, región (disciplina) particular, se vuelve sobre sí misma para ampliar su visión con lo que llega a su punto más alto de abstracción: *metodología general*. Ésta trata de los métodos que pueden aplicarse a grandes grupos de ciencias o al pensamiento teórico. Sólo esta metodología es parte de la lógica. La metodología general amplifica, depura, consolida y fundamenta el conocimiento que la razón logra de sí misma. Y a la vez su conocimiento de las diversas metodologías regionales le permite comprender la amplitud y variedad de aplicaciones del método sobre la vastedad de la realidad cognoscible de manera complementaria a como un método aplicado hace consciente al pensamiento de su potencial racional: le hace comprender mejor el objeto (ya no en actitud natural), pero también le hace comprenderse mejor. Asimismo, la metodología le hace comprender a la razón su potencial de abstracción a partir de la reflexión que lleva a cabo sobre el método aplicado regionalmente. En suma: desde la aplicación de un método a un objeto específico hasta llegar a la metodología general, se da un despliegue recursivo entre cada una de sus mediaciones, sucesión donde cada instancia es producto y productor de las demás.

La metodología regional es productora de la metodología general pero ésta a su vez es causante de aquélla. Retornemos, pues, recursivamente en este último giro a la metodología regional que en nuestro caso tiene nombre propio, metodología de la Bibliotecología, esto es, la metodología que opera en el campo bibliotecológico y de la información. Más allá de las características genéricas que tiene la metodología regional, adquiere una especialidad particular acorde con el fundamento propio de este campo, lo que implica que la metodología es afectada por la concreción del devenir del campo bibliotecológico.

Este devenir puede explicarse desde su origen como un campo de conocimiento hacia mediados del siglo XIX, cuando inició su fase de constitución, la cual se caracteriza por la gestación de sus diversas prácticas (educación bibliotecaria, asociaciones de bibliotecarios, biblioteca pública e investigación), que gradualmente llevaron a cabo su autodefinición y que pueden a su vez interactuar entre ellas. Esto ocurrió en consonancia con la depuración y definición del perfil de los objetos propios de este campo. De hecho, puede decirse que cuando este proceso de autodefinición e interacción de las prácticas y plena conformación de los objetos llega a su plena integración del campo, se alcanza el límite de esa fase de constitución. Pero el devenir del campo no concluye ahí: el límite de la fase de constitución es un interludio preparatorio para el tránsito hacia la siguiente fase, la autonomía. La fase de autonomía de un campo se caracteriza por la construcción conceptual y teórica de las prácticas señaladas y de los objetos desde los fundamentos de la propia disciplina. Ahora bien, un campo puede quedar varado en su fase de constitución de manera indefinida, con las previsibles consecuencias que ello acarrea, mientras no se lleve a acabo de manera integral en todos los órdenes del campo la construcción conceptual y teórica. Es precisamente en el corazón del interludio entre la fase de constitución y la fase de autonomía del campo bibliotecológico donde se hace más pertinente la presencia de la metodología, la cual ha de tener atributos especiales para contribuir a la fundamentación cognoscitiva del campo, lo que en esta situación sólo puede significar una metodología que

obre impulsando al campo hacia la autonomía. Una metodología radicada en el objetivo de contribuir a la fundamentación cognoscitiva del campo a su vez, por acción recursiva, se constituiría en una metodología de y para la Bibliotecología o, mejor aún, en metodología bibliotecológica.

Ahora bien, ¿cuáles son los atributos especiales que ha de presentar esta metodología? Es el resultado del movimiento recursivo de los métodos aplicados para abrirse camino entre las cambiantes configuraciones que presentan las prácticas y los objetos bibliotecológicos; esto es, entre sus cualidades y relaciones, para así alcanzar el objeto o los objetos que epistemológicamente se busca construir conceptual y teóricamente desde los supuestos bibliotecológicos. Mas para que cumpla con tal misión, ha de evitar las ideologizaciones que la convierten en una organización inamovible y rígida, lo que deviene en un insulso decálogo que preserva las rigideces del método, del cual sólo sigue y sanciona su lado técnico e instrumental (procedimental). Una metodología de semejante índole acaba siendo concebida, en última instancia, como un artículo de fe, así como el método en un mero recetario; en lo que es tan fácil desbarrancarse cuando la investigación acaba siendo preñada por la rutina y burocracia cognoscitiva, lo cual puede ejemplificarse con los conocidos versos de la *Comedia* de Dante Alighieri (1982): “Nel mezzo del cammin di nostra vita/ mi ritrovai per una selva oscura/ che la diritta via era smarrita”, que traducido en clave epistemológica puede expresarse como: a mitad del camino cognoscitivo (método) en la selva oscura de la ideologización, con el rumbo perdido hacia la precisa construcción epistemológica de los objetos y prácticas bibliotecológicos, la metodología ha de seguir la senda opuesta, la que señalan sus atributos: *autocrítica, flexibilidad e inventiva*. Veamos primeramente el factor de autocrítica.

Un método que en su praxis es concebido a partir de sus fuentes nutricias debe corresponderse con una metodología de igual magnitud. Para ello, la metodología ha de reconstituirse en su propia organicidad. En su fase inicial, ha de conservar puntualmente el aspecto al que se le suele reducir, con lo que se le esquematiza,

pero es consustancial a la metodología, su carácter de seguimiento y revisión del método o métodos en su manifestación orgánica (reglas y procedimientos), lo que significa moverse en su aspecto más visible e inmediato, estrictamente reducido a la comprensión del entramado del método: organización lógica, funcionalidad, precisión, rigor, conceptos definitorios y organizadores implementados. En este nivel, el enfoque metodológico gira en todo lo correspondiente al método sin intervención de factores externos.

Una metodología de amplias miras y que responde sistemáticamente a los procesos transformadores del devenir de un campo de conocimiento se eleva a la consideración de una segunda fase o nivel de complejidad: ha de centrarse en la relación que guarda el método en un extremo con el sujeto de conocimiento y en el otro con el objeto de conocimiento. En el primer extremo, se muestra cómo el método es utilizado por el sujeto, pero recursivamente el método a su vez configura sus actitudes cognoscitivas y hasta vitales. No es un movimiento unidireccional o meramente instrumental en el que un sujeto utiliza un método sin que se reviertan las consecuencias hacia él o que su empleo se reduzca a una utilización técnica o procedimental. El hecho de usar un método u otro en el proceso de conocimiento entraña una amplia gama de factores intencionales, los cuales a su vez son afectados por el método al modular, reconstituir o generar las actitudes del sujeto. Por el otro extremo, la metodología ha de indagar cómo el método aborda al objeto siguiendo y delimitando sus configuraciones y el enfoque que da de tal objeto al cernirse sobre él. Recursivamente, ha de indagar asimismo cómo el objeto actúa sobre el propio método para ajustarlo o simplemente reconstituirlo o las alteraciones que haya sufrido en el acompañamiento del despliegue cognoscitivo. El último y decisivo nivel en el que la metodología debe incidir para contribuir a la fundamentación cognoscitiva, en este caso del campo bibliotecológico, es propiamente el de la crítica con base en los elementos aportados de los dos niveles precedentes. Al interpretar conjuntamente en sus correspondencias, contradicciones e interacciones los elementos constitutivos de ambos niveles, la metodología emprende su reflexión crítica, lo que a su vez conlleva

implícitamente una crítica de la propia metodología: autocrítica en cuánto reflexión de la razón sobre sí misma.

Una metodología de semejante índole crítica es la mejor para especificar lo que aportan tales o cuales métodos al desenvolvimiento cognoscitivo del campo bibliotecológico o, por el contrario, su fracaso o insolvencia y con ello la necesidad de cambiarlos. Desde su propia dimensión, la metodología contribuye a la fundamentación que lleva a cabo la epistemología del campo. La sistematicidad y organicidad son partes integrantes de la reflexión crítica que ha de asumir una disciplina respecto de sí misma para seguir desarrollándose y evitar caer en el estatismo conservador que sólo reproduce usos y esquemas de conocimiento que tornan conformista el estudio y lo vuelven incapaz de hacer innovaciones a un campo, disciplina, o más individualmente, a sus agentes. Una metodología ideologizada mantiene varado el campo bibliotecológico en el límite de su fase constitutiva, mientras que, por el contrario, una metodología crítica propiamente bibliotecológica se convierte en la vía que contribuye a que el campo transite a su fase de autonomía. Ahora bien, este nivel crítico de la metodología ha de complementarse a nivel operativo sobre el terreno cognoscitivo concreto a partir de la flexibilidad e inventiva que han de desplegar la conjunción de la metodología y los métodos.

El pensador francés Edgar Morin, fundamentador de la teoría del pensamiento complejo, ha reflexionado extensa y profundamente sobre el método poniendo de manifiesto la centralidad que ocupa en el despliegue multiforme del pensamiento en su proceso de conocimiento de una realidad que se caracteriza por su complejidad. Es de señalar que en la relación que tienen la metodología y el método, Morin le otorga al método una mayor preponderancia porque en él se encuentra la función dinámica y transformadora del conocimiento, mientras que a la metodología le confiere un rol estático, a contramarcha de como se ha propuesto en la presente reflexión, donde se ha buscado estatuir una metodología crítica, lo que conlleva también una función activa. Pero la correlación que asigna Morin a la metodología y el método aporta elementos para comprender mejor los atributos metodológicos de flexibilidad e

inventiva para la construcción conceptual y teórica de objetos y prácticas del campo bibliotecológico. Para Morin, los roles de metodología y método están claramente asignados: la función de la primera consiste en ser programa, mientras que la función del segundo está marcada por la estrategia:

Las metodologías son guías *a priori* que programan las investigaciones, mientras que el método que se desprende de nuestra andadura será una ayuda a la estrategia (la cual comprenderá útilmente, es cierto, segmentos programados, aunque necesariamente comportara el descubrimiento y la innovación). El fin del método, aquí, es ayudar a pensar por uno mismo para responder al desafío de la complejidad de los problemas (Morin 1986, 36).

Para Morin, por tanto, el “programa” está predeterminado en sus operaciones, por lo que en ese sentido es “automático”; de ahí que la metodología en cuanto programa se caracteriza por establecer los automatismos, esto es, los factores continuos y reguladores del método, con lo que, por otra parte, se corre el riesgo, cuando la programación es dominante, de convertir al método en una instancia meramente automática, mecánica, sin flexibilidad ni mucho menos inventiva.

Por el contrario, argumenta el pensador francés, la estrategia se constituye en el curso mismo de la acción, modificando la conducta de ésta a partir del surgimiento de los eventos o la recepción de la información, lo que implica que en el método se despliegan dos tipos de aptitudes: una para emprender o buscar el objeto en medio de la incertidumbre, teniendo en cuenta esa incertidumbre, y la otra aptitud para modificar el desarrollo de la acción en función del azar y de lo nuevo que se presenta a cada paso. Por último, Morin explica la conexión entre metodología y método estipulando que la estrategia está predeterminada en sus finalidades, mas no en sus operaciones, lo que significa que a la estrategia con que se desenvuelve el método le resulta útil disponer de muy numerosos automatismos signados por la metodología. Así, metodológicamente un método consta de secuencias programadas que se alternan con la versatilidad de la estrategia. Para que tal conjunción pueda

coordinarse de manera más fructífera, sirve una metodología crítica que ha de tener la capacidad de hacer frente a su propia capacidad programadora ya sea reprogramando su propio programa o modulándolo para hacerlo flexible al insertarlo en el método.

Se explicó que la crítica la ejerce la metodología sobre la consideración de dos niveles: el que se reduce a la comprensión del entramado del método y el que se centra en la relación que guarda el método con el sujeto y con el objeto de conocimiento. Es en la comprensión crítica de la interacción de estos dos niveles que se lleva a cabo la reprogramación o modulación del programa de la metodología. Para una metodología que se pretenda propiamente bibliotecológica, la programación ha de estar signada por el devenir, las necesidades, el rumbo propio del campo orientado a la transición hacia la fase de autonomía, lo que implica que las secuencias programadas del método han de estar sustentadas por esa orientación, mientras que la dimensión estratégica tendrá la fluidez, movilidad y versatilidad para consumir la misión.

Un campo de conocimiento se articula o está constituido por una vertiginosa red de relaciones entre prácticas y objetos, así como por los atributos de éstos. Esa red de relaciones se manifiesta en cambiantes configuraciones, por lo que el método implementado ha de tender el camino cognoscitivo entre ese cambiante entramado de configuraciones para enmarcar y estabilizar en una configuración los objetos de conocimiento. Una vez circunscritos y estabilizados, a tales objetos y prácticas se les ha de construir conceptual y teóricamente desde los supuestos bibliotecológicos. Para ello, el método ha de desplegar su arsenal de estrategias: conducir a la razón fluida de manera creativa en su proceso de construcción cognoscitiva. Asimismo, las secuencias programadas le reiteran al método el objetivo que subyace en la construcción conceptual y teórica de las prácticas y objetos: la fundamentación cognoscitiva del campo o, en otras palabras, su contribución a la fase de autonomía. Esto a su vez repercute recursivamente en la consolidación del perfil de una metodología propiamente bibliotecológica. Después de haber realizado esta travesía, es de esperar que hayan quedado clarificados los conceptos de metodología y método

tanto en su especificidad, como en sus “simpatías y diferencias”. Esto deja claramente establecidas las funciones y atribuciones de ambos, con lo que método y la metodología quedan perfilados para flanquear y conducir a la epistemología en su camino hacia la construcción conceptual y teórica de prácticas y objetos fundamentados bibliotecológicamente. La metodología bibliotecológica es el basamento para la forja de un campo autónomo de conocimiento, esto es, científico.

BIBLIOGRAFÍA

- Alighieri, Dante. *Comedia. Infierno*. Edición bilingüe. Traducción, prólogo y notas de Ángel Crespo. Barcelona: Seix Barral, 1982.
- Barreau, Hervé. *L'épistémologie*. París: PUF, 1990.
- Bochenski, I. M. *Los métodos actuales del pensamiento*. Madrid: Rialp, 1965.
- Cardoso, Ciro F. S. y H. Pérez Brignoli. *Los métodos de la historia*. México: Grijalbo, 1997.
- Collingwood, Robin G. *Ensayo sobre el método filosófico*. México: UNAM, 1965.
- Guardini, Romano. *El contraste. Ensayo de una filosofía de lo viviente-concreto*. Madrid: BAC, 1996.
- Le Moigne, Jean-Louis. *Les épistémologies constructivistes*. París: PUF, 1995.
- Lebert, Georges. *Le sens de chacun. Intelligence de l'autoréférence en action*. París: L'Harmattan, 2004.
- Martínez, Sergio F. y León Olive (comps.). *Epistemología evolucionista*. México: Paidós / IIF-UNAM, 1997.
- Morales López, Valentino. *Metodología en la Bibliotecología*. Buenos Aires: Alfagrama, 2005.

Estudios de la Información...

Morin, Edgar. *La methode, I. La nature de la nature*. París: Seuil, 1997.

——— *El método, III. El conocimiento del conocimiento*. Madrid: Cátedra, 1986.

——— *La methode, II. La vie de la vie*. París: Seuil, 1980.

Valor, Juan Antonio (ed.). *Introducción a la metodología*. Madrid: Mínimo Transito / A. Machado Libros, 2002.